

La fuerza del bicentenario: notas en torno al caso francés

The strength of the bicentenary: notes on the French case
A resistência do bicentenário: notas sobre o caso francês

AUTORES

Elisa Cárdenas Ayala

Division de Estudios de Estado y Sociedad, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara

elisa.cardenas@csh.udg.mx

cardenasayala@yahoo.com

Verónica Vallejo Flores

Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara

DOI

DOI: 10.3232/
RHI.2008.V1.N1.02

Este artículo analiza el bicentenario de las revoluciones hispanoamericanas a la luz de la conmemoración del Bicentenario de la Revolución Francesa. Particularmente se refiere al ámbito historiográfico y examina dos principales corrientes interpretativas de dicho acontecimiento: la historiografía clásica o “jacobina” y la historiografía crítica. Finalmente explora una última corriente historiográfica, llamada “contrarrevolucionaria”, que fue desarrollada durante el Bicentenario.

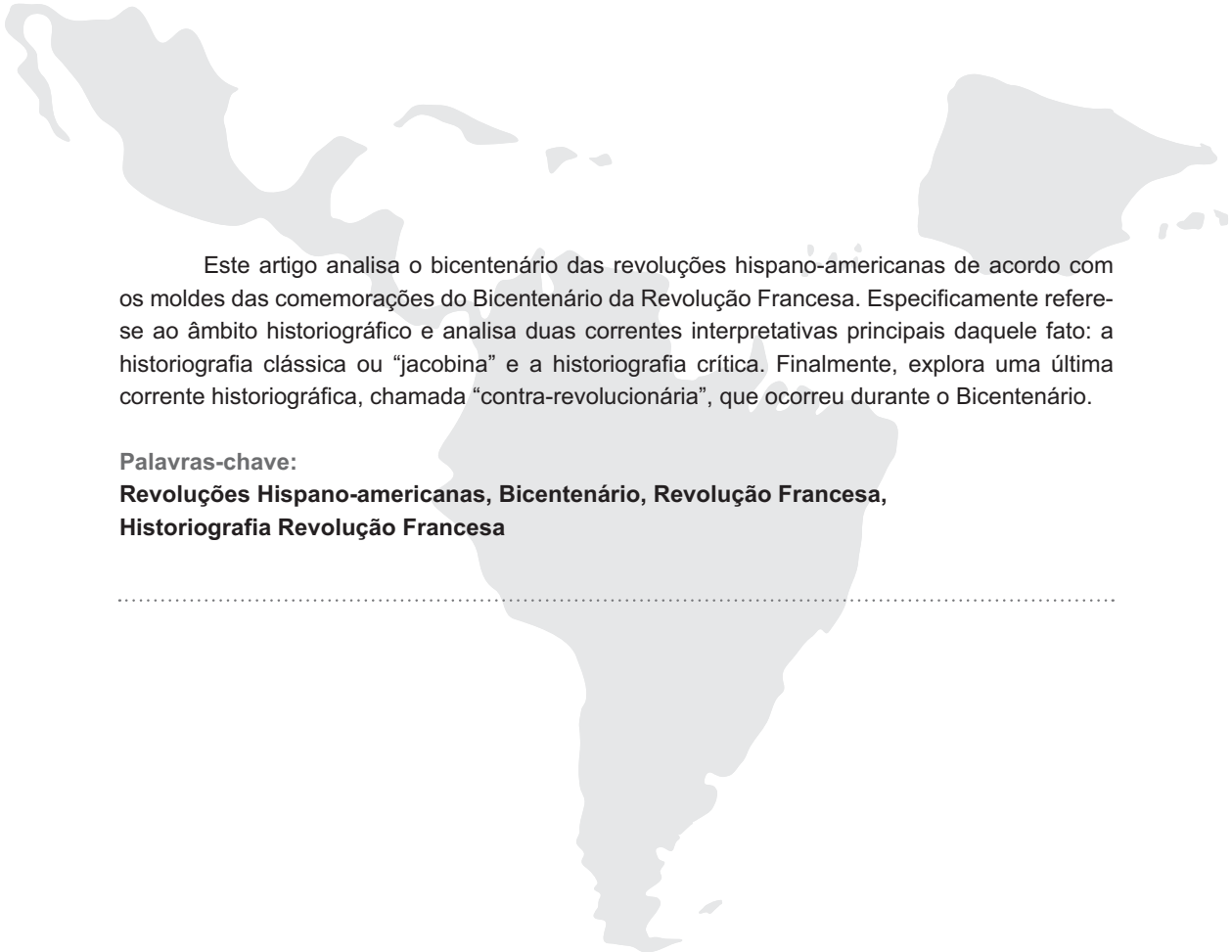
Palabras claves:

Revoluciones Hispanoamericanas, Bicentenario, Revolución Francesa, Historiografía Revolución Francesa

This article is dedicated to analyzing the Bicentennial of the Hispanic American Revolutions looking at the French commemoration of the Revolution in 1989. It refers to historiography and examines the two main interpretative views of the French Revolution: the classic “Jacobin” interpretation and the more critic approach that reacted against it. Moreover, the article explores the so-called “counter-revolutionary” historiographical stream, which developed during the French Bicentennial.

Key words:

Hispanic American Revolutions, Bicentennial, French Revolution, French Revolution historiography



Este artigo analisa o bicentenário das revoluções hispano-americanas de acordo com os moldes das comemorações do Bicentenário da Revolução Francesa. Especificamente refere-se ao âmbito historiográfico e analisa duas correntes interpretativas principais daquele fato: a historiografia clássica ou “jacobina” e a historiografia crítica. Finalmente, explora uma última corrente historiográfica, chamada “contra-revolucionária”, que ocorreu durante o Bicentenário.

Palavras-chave:

Revoluções Hispano-americanas, Bicentenário, Revolução Francesa, Historiografia Revolução Francesa

A manera de introducción

La agitación que, en estas vísperas de los bicentenarios hispanoamericanos, recorre la academia y en algunos casos el mundo político, incita a mirar hacia otros bicentenarios y hacia otras academias. Al hacerlo, una pregunta no menor –aunque no tendrá aquí cabal respuesta- es cómo sobrevivieron las academias y las revoluciones a la marejada conmemorativa.

Se dirá, y con razón, que el “conmemorativismo” ha dado impulso, proyección y por supuesto recursos no despreciables a la reflexión académica; como es bien sabido, también constituye una tiranía a la que es muy difícil sustraerse. No sólo en el nivel que podría considerarse superficial de un tema que se impone como “insoslayable” por razones políticas y de identidad, y ocupa esfuerzos de una comunidad sin necesariamente haber sido parte de sus preocupaciones científicas previas: la tiranía de la conmemoración tiene facetas más complejas y que actúan sobre un campo historiográfico preciso. Cabe preguntarse si no es acaso la mayor de las teleologías pensar una revolución en función de sus aniversarios por venir.

Pudiera, es cierto, parecer el bicentenario una ocasión más propicia al trabajo académico que el centenario, en la medida en que ofrece un siglo de distancia que a veces puede significar una ventaja. El riesgo, sin embargo –no hay ventaja que no lo tenga- es dar la ventaja por descontada, asumir el tiempo transcurrido como garantía.

El bicentenario de la revolución francesa, a casi dos décadas de distancia, es un observatorio privilegiado y muy sugerente de cara a nuestros bicentenarios hispanoamericanos, por varias razones: el carácter fundador atribuido a la revolución, las dimensiones de la conmemoración y el contexto político internacional. En cuanto al primero, de sobra está reiterar el papel igualmente fundador que el discurso historiográfico y político atribuye a las revoluciones de independencia. Por lo que toca al contexto internacional, en torno al bicentenario de la revolución francesa, la coyuntura internacional fue la de la caída del llamado “socialismo real” y el derrumbe académico del marxismo. Por su parte, los intelectuales latinoamericanos en general enfrentan hoy el desafío de pensar su historia desde nuevos enfoques en un momento en que actores políticos concretos –no sólo al frente de algunos gobiernos, sino y sobre todo desde los movimientos sociales- replantean la importancia de la cuestión colonial, la dominación, el imperialismo en sus formas contemporáneas y la libertad de los pueblos, en giros que suelen cuestionar la legitimidad del Estado-nación construido en torno al mito de las independencias y articulado sobre formas de colonialismo interno.

En cuanto a la instrumentalización de los aniversarios, es interesante señalar que ninguna empresa conmemorativa en Hispanoamérica parece por el momento alcanzar la magnitud de la francesa que, además de haber sido una empresa académica de importancia mayor, parece haber sido una gran empresa de Estado.

“Ninguna conmemoración ha tenido, en la Francia contemporánea, una repercusión tan grande como la del Bicentenario de la Revolución Francesa”, señalaba Patrick García en una obra que, justamente, estudiaba a través de tal conmemoración las prácticas sociales de la evocación de la memoria¹. El Bicentenario –que se ha ganado su mayúscula- fue una cita histórica sin duda importante para la historiografía de la Revolución francesa.

Pero fue una cita larga que, antes que limitarse al solemne año de 1989, se extendió en una línea retrospectiva y prospectiva. En el ámbito conmemorativo –promovido por el Estado- el período es amplio: 1981-1993; su pronto inicio se explica por la llegada al poder de la izquierda y de François Mitterrand a la presidencia de la República². En este sentido, de entre las medidas estatales vale la pena mencionar la creación en 1986 de la Mission du Bicentenaire de la Révolution française et de la Déclaration des droits de l’homme et du citoyen³.

En el ámbito historiográfico, los coloquios, mesas redondas y conferencias realizadas alrededor del Bicentenario comenzaron desde 1984 y se extendieron hasta 1990, siendo lógicamente el año de 1989 el que concentró la mayoría de los eventos. Sin embargo, lo que llama la atención no es solo el período sobre el que se extienden, sino el alcance de las actividades: se organizaron cerca de 550 encuentros repartidos entre los cinco continentes. Las manifestaciones se concentraron en Europa, obviamente con Francia encabezando la lista (con 229 coloquios), y fueron seguidas por el continente Americano, con Estados Unidos al frente (48 coloquios)⁴. Mención aparte merecen todas las publicaciones hechas con motivo del Bicentenario, muchas producto de los coloquios antes mencionados, llegando a la nada despreciable cifra de tres mil obras⁵.

Si seguimos a Michel Vovelle en su análisis de los coloquios, con todas las reservas que se puedan tener⁶, se revelan los perfiles de éstos, mostrando así los campos de predilección o, por el contrario, los temas olvidados de la época. En París, la historia cultural, seguida de la historia de las mentalidades, fue al parecer la más frecuentada; la historia política mantuvo un lugar respetable; el interés por el impacto de la Revolución francesa en el mundo –inmediato o

1. Patrick Garcia, *Le Bicentenaire de la Révolution française. Pratiques sociales d'une commémoration*, Préface de Michel Vovelle, Paris: CNRS Éditions, 2000, p. 311.

2. Michel Vovelle, 1789. *L'héritage et la mémoire*, Toulouse: Éditions Privat, 2007, p. 213.

3. Para una descripción y análisis de las actividades de la *Mission* y del clima político que la acompañó véase Garcia, op. cit., especialmente el capítulo 2 (“La Mission du Bicentenaire à la recherche d'une stratégie”) y el capítulo 3 (“François Mitterrand chef de l'État, commémorateur et citoyen”).

4. Michel Vovelle, *Les colloques du bicentenaire*, avec la collaboration de Danielle Le Monnier, Paris: La Découverte/ Institut d'Histoire de la Révolution Française/ Société des Etudes Robespierriennes, 1991, pp. IV-XV.

5. Vovelle, op. cit. 2007, p. 227.

6. El propio Vovelle señaló los límites que su obra podía tener: Vovelle, op. cit., 1991, pp. III-IV.

posterior-, aunque presente, no fue tan destacable; la historia social y económica, que en el ámbito internacional ocuparon un lugar modesto, conservaron ahí una buena presencia; los derechos del hombre recibieron la atención que se esperaba y, finalmente, la biografía y la monografía fueron ignoradas.

En Provincia el balance fue diferente. La historia cultural y de las mentalidades no se encuentran en los primeros rangos, pero tampoco estuvieron ausentes; la historia política encontró mayor fidelidad; la lectura mundialista de la Revolución fue escasa; la historia social conservó un lugar importante y la biografía y las monografías encontraron su refugio⁷.

Más allá de estos esbozos, lo que parece marcar la época del Bicentenario, al menos entre los historiadores, son las diferentes interpretaciones sobre la Revolución francesa por parte de dos de las corrientes historiográficas más influyentes: las que hoy se conviene en llamar historiografía clásica e historiografía crítica. Una vez más, aquí los límites temporales rebasan el año 1989.

Orígenes de la discrepancia

La historiografía clásica de la revolución, también llamada “jacobina”⁸, reúne a los historiadores que tanto Vovelle como García llaman “precursores” y que no son sino los que estuvieron al frente de la cátedra de historia de la Revolución francesa de la Sorbona: Alphonse Aulard, Philippe Sagnac, Albert Mathiez, Georges Lefebvre, Marcel Reinhart y Albert Soboul⁹. A estos habría que agregar al propio Vovelle, que sustituyó a Soboul, no ya en la cátedra sino en ese otro bastión, l’Institut d’Histoire de la Révolution française, y a otros como Claude Mazauric.

Esta historiografía, que largo tiempo tuvo hegemonía absoluta, no recibió con agrado esa nueva interpretación de la Revolución francesa, cuya figura clave fue François Furet con su *Penser la Révolution française*¹⁰. Esta obra, en palabras de Mona Ozouf, fue un aerolito caído sin aviso sobre los jardines de los historiadores¹¹. Si bien *Penser la Révolution* se ha vuelto la obra

7. *Ibid.*, p. XXXVIII.

8. Sobre la adjetivación puede verse Vovelle, “La galerie des ancêtres”, en *Combats pour la Révolution française*, Paris: La Découverte / Société des études robespierristes, 1993, edición 2001. El artículo fue originalmente publicado en *Magazine Littéraire*, en octubre de 1988 (en adelante 1988a). También Guy Lemarchand, “À propos des révoltes et révolutions de la fin du XVIIIe siècle”, en *Annales historiques de la Révolution française*, número 340, [en línea], puesto en línea el 27 de abril de 2006. URL: <http://ahrf.revues.org/document2236.html>.

9. Véase, además de Vovelle, García, *op.cit.*, p. 108.

10. François Furet, *Penser la Révolution Française*, Paris: Gallimard, 1978. Los inicios de la historiografía crítica, antes llamada revisionista, son frecuentemente vinculados a las escuelas anglosajonas (Alfred Cobban y George Taylor); véase Vovelle, *op. cit.*, 2007, p. 260.

11. Mona Ozouf, “François Furet, Comment écrire la Révolution”, Prefacio a François Furet, *La Révolution française*,

representativa por excelencia de la historiografía crítica, el que desató la polémica fue el libro que Furet publicó junto con Denis Richet en 1965¹². Sin embargo, para entender la reacción de la historiografía clásica es necesario señalar brevemente su postura.

Más allá de las diferencias que llegaron a presentarse entre los historiadores representantes de la corriente clásica, ciertos elementos constituían un común denominador. Prevalcía una explicación social de la conmoción revolucionaria, la cual había acabado con el Antiguo Régimen y las relaciones sociales que lo sostenían. La Revolución era vista como un acontecimiento necesario, que seguía una concatenación no fortuita y producto de la confluencia de la burguesía y de las clases populares o, en pocas palabras, “una revolución burguesa con apoyo popular”¹³. En cuanto a la Terreur, ésta era explicada a través de la “teoría de las circunstancias”, según la cual la radicalización se impuso para hacer frente a la contrarrevolución al interior de Francia, como a la coalición de los poderes monárquicos internacionales¹⁴.

La obra de Furet y Richet, clasificada por Vovelle en 1988 como “La grande attaque”¹⁵, si bien marcaba sus diferencias con la historiografía clásica, no era radicalmente heterodoxa y, sin embargo, bastó para desatar la polémica en el medio historiográfico. Sorprende la afirmación de Vovelle cuando, al hablar sobre Soboul indica: “a pesar de las satisfacciones pedagógicas o científicas, no fue un historiador feliz. Le correspondió [...] gestionar la crisis desencadenada desde fines de los 50, y más todavía a partir de 1965 por la corriente llamada revisionista”¹⁶.

Para Ozouf, *La Révolution française* de Furet y Richet es incluso una obra de inspiración labrousienne y muy alejada del espíritu de *Penser la Révolution*, en la medida en que el relato dominaba al análisis, lo social era el recurso por excelencia para la explicación, el “determinismo” era todopoderoso y la revolución era comprendida como el producto de una estrategia de clase, destinada a llevar a la burguesía al poder.¹⁷

El propio Furet llegó a comentar, años más tarde, que la obra no había sido para él un esfuerzo sistemático de reconceptualización de su objeto de estudio -la Revolución-, aunque reconoció que desde el momento mismo de su escritura, tanto él como Richet ya estimaban de

Paris: Gallimard, 2007, p. I.

12. François Furet et Denis Richet, *La Révolution française*, Paris: Hachette, 1965.

13. Vovelle, *op. cit.*, 2007, p. 259.

14. Michel Vovelle, “La historiographie de la Révolution française à la veille du Bicentenaire”, en Vovelle, *op. cit.*, 2001, p. 65. El artículo se publicó originalmente en *Annales Historiques de la Révolution Française*, número 1, 1988 (en adelante 1988b).

15. *Ibid.*, p. 64. Recientemente la posición de Vovelle parece haberse matizado; véase Vovelle, *op. cit.*, 2007, p. 260.

16. Vovelle, *op. cit.*, 1988^a, p. 22.

17. Ozouf, *op. cit.*, p. III. No hay que perder de vista que para algunos Ernest Labrousse es también uno de los nombres importantes de la historiografía clásica de la revolución; véase García, *op. cit.*, p. 108.

antemano las reacciones de la “historiografía canónica”¹⁸.

¿Cuáles fueron, pues, las razones que provocaron la controversia? La más importante es la propuesta del “dérápaje” (resbalón, si hacemos una traducción textual) de la Revolución francesa, considerada por el propio Furet como una visión demasiado simple y determinista que pronto dejó de compartir. El “dérápaje” supone una línea recta, que sería la revolución burguesa, ubicada especialmente en el año de 1789, de la cual se derrapa, produciéndose provisionalmente una desviación con respecto a la dirección original. Ese “dérápaje” Furet y Richet lo sitúan en los años 1792-1794 y conduce a la Terreur¹⁹.

Por otra parte, si bien el libro comparte elementos de la interpretación marxista -la revolución como revolución burguesa- el hecho de concentrarla en 1789 supuso una ruptura. Para Furet, una de las incoherencias de la historiografía marxista (clásica) era el afirmar que la Revolución francesa tenía fundamentalmente una naturaleza burguesa, pero poner el acento en el periodo que, al interior de su curso, era lo no burgués, es decir: 1792-1794²⁰.

Finalmente habría que añadir que si bien en la víspera del Bicentenario la historiografía clásica no es ya la interpretación hegemónica de la Revolución francesa, su debilitamiento no obedece solamente al surgimiento de la historiografía “revisionista” que encabeza Furet. La historiografía de la revolución se encuentra en dificultades por las tendencias mismas de la historiografía contemporánea: la larga duración de Braudel y la renovación de lo político que afectó a todas las ramas de la historia. La primera desacredita a la Revolución como un “inoportuno patético”; es vista como un fenómeno secundario, una pequeña ola de la historia. Mientras que la renovación de lo político vuelve irritante el deseo de hacer una lectura social para el corto periodo revolucionario²¹.

Las historiografías revolucionarias y el Bicentenario

Los poco más de diez años habidos entre el libro de Furet y Richet y la publicación de *Penser la Révolution*, no hicieron sino acrecentar la distancia entre las dos corrientes historiográficas. En 1971, Furet publicó probablemente uno de sus escritos más intensos, “Le

18. Mona Ozouf, Jacques Revel y Pierre Rosanvallon, “Histoire de la Révolution et la Révolution dans l’Histoire”, entrevista realizada a François Furet [medio audiovisual], dirección a cargo de Gauge Pierre, Paris: AREHES, 2003, (Colección “Savoir et mémoire”). La entrevista se realizó en 1994.

19. *Ibid.*

20. *Ibid.* Sobre si la historiografía clásica es necesariamente marxista véase Vovelle, *op. cit.*, 2007, p. 259.

21. Garcia, *op. cit.*, p. 115; Vovelle, *op. cit.*, 1988b, p. 64.

catéchisme révolutionnaire”²², definido por él mismo como un artículo “destrutivo” y hecho en respuesta a sus detractores: “El peor dogmatismo reinaba en la historia de la Revolución francesa; sobre el tema, ¡no se podía decir nada, no se podía hacer nada! [...] La Revolución francesa pertenecía a los comunistas”²³.

Así, no resulta extraño que el título mismo de la obra más importante de Furet, haga referencia a la necesidad de que los historiadores establezcan una distancia con su objeto de estudio. Siguiendo a Ozouf, “pensar la Revolución” es el hecho que el historiador se libere de la tiranía que sobre él ejerce la palabra de los actores, es prevenirse contra el contagio emocional.²⁴

El tema de la distancia, de la objetividad, no hizo sino volver a causar controversia y es que, ya lo decía el propio Furet, el historiador de la Revolución francesa debía anunciar sus colores. *Penser la Révolution*, se alejaba en buena parte de la interpretación del libro publicado con Richet. La Revolución retomaba un carácter más unitario y la oposición entre 1789 y 1793 tenía mucha menor importancia²⁵; se había abandonado la noción de “dérapage”. Los críticos de Furet se centraron esta vez en otros elementos de la interpretación: la consideración de que la sociabilidad democrática y rousseauiste de las logias masónicas y de las sociedades de pensamiento, había permitido la recuperación del poder y la apropiación de la Revolución por parte de los jacobinos, surgiendo el concepto de “soberanía popular”, matriz del totalitarismo del siglo XX²⁶.

Además, Furet había dejado de lado la consideración de la revolución burguesa y el conflicto de clase aunque, es preciso decirlo, ello no implicaba una negación total del papel de los conflictos sociales en el curso revolucionario. El acento estaba puesto ahora en lo político, cuya transformación había producido la singularidad del acontecimiento revolucionario; la Revolución era el nacimiento de la democracia moderna²⁷.

A treinta años distancia, podemos decir que el planteamiento que más persistió y agitó el debate historiográfico a partir de fines de los setenta, alcanzando y rebasando a la época del Bicentenario, fue el que sirvió de título para el capítulo introductorio de *Penser la Révolution*: “La Révolution Française est terminée”. En el ámbito historiográfico, esta frase es hasta nuestros días

22. François Furet, “Le catéchisme révolutionnaire”, en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, Paris, marzo-abril, 1971.

23. Ozouf, Revel y Rosanvallon, *op.cit.*

24. Ozouf, *op. cit.* 2007, p. IV.

25. Ozouf, Revel y Rosanvallon, *op. cit.*

26. Vovelle, *op. cit.*, 1988b, p. 67.

27. Ozouf, Revel y Rosanvallon, *op. cit.*; Ozouf, *op. cit.*, 2007, p. XI.

lo que el “dérápaje” fue a una década inaugurada a mediados de los sesenta. Paradójicamente, la obra de Furet, contra su intención manifiesta, enciende el tema de las pertenencias a los bandos; ahora lo que debía anunciarse, sin querer ser reduccionistas, era la bandera de historiador clásico o crítico²⁸. Ciertamente que hoy estamos lejos de las polémicas de los ochenta, la despersonalización del debate –Furet falleció en 1997 y Vovelle se encuentra jubilado - juega un rol importante, lo mismo que los cambios en el contexto histórico desde fines de los noventa, tema sobre el que volveremos más adelante.

Para Furet la Revolución había terminado porque constataba, en los momentos en que escribió su obra, que los franceses habían logrado llegar a un consenso político a partir de sus instituciones. Siguiendo a Ozouf, los combates mortales entre la derecha y la izquierda habían perdido en gran medida su severidad, la Iglesia –católica- había hecho las paces con la democracia, la derecha se había vuelto republicana.²⁹ Que la Revolución había terminado quería decir que la modalidad de cambio privilegiada por los franceses, de crear una sociedad y un hombre nuevo a partir del Estado, se había extinguido³⁰.

Sin embargo, desde la publicación de *Penser la Révolution* aquella afirmación fue sin duda comprendida en otros sentidos. A manera de respuesta, Vovelle publicó un artículo en 1979 bajo el título “La Révolution est-elle terminée?” y, en uno de los apartados cuestionaba más vigorosamente: “Terminée pour qui?”³¹. Al llegar la conmemoración del Bicentenario, las discusiones proseguían en el mismo tono. No deja de ser sugerente la aparición de dos entrevistas en el diario español *El País*, cuyos títulos muestran la polémica del momento e incluso su internacionalización³².

En su entrevista, Vovelle afirmaba que la Revolución seguía viva porque muchas de las cuestiones que había evidenciado seguían sin resolverse. Si seguimos al autor en su intervención veremos que había tomado el planteamiento de Furet como una amenaza a la memoria de la Revolución:

“Mi abuelo se sabía de memoria todas las canciones revolucionarias, yo sólo sé cantar tres, y mis hijas, apenas una. Es un poco el reflejo de cómo ha cambiado la imagen de la

28. Ozouf señala otra paradoja: la pasión intelectual invertida para predicar la necesidad de desapasionar la Revolución; véase Ozouf, *op. cit.*, p. XII.

29. *Ibid.*, p. VI.

30. Ozouf, Revel y Rosanvallon, *op. cit.*

31. “¿Terminada para quién? ¿Para los excombatientes del jacobinismo? ¿Para François Furet? ¿Para nuestra generación ‘revisionista’ entera?”: véase Michel Vovelle, “La Révolution est-elle terminée?”, en Vovelle, *op. cit.*, 2001, pp. 87-94. El artículo fue publicado originalmente en *La Nouvelle Critique*, en febrero de 1979.

32. Montserrat Casals, “La Revolución francesa sigue viva todavía, afirma el historiador galo Michel Vovelle”, en *El País*, 25 de noviembre de 1988 (versión consultada en línea) y Luis Prados, “Furet: ‘La Revolución francesa ha terminado’”, 26 de febrero de 1989 (versión consultada en línea).

Revolución y de lo mucho que ha bajado el grado de identificación de los franceses con su pasado. El cambio efectuado en el campo escolar no es ajeno al fenómeno [...]”. El resultado de este relajamiento está ahí: “Un progresivo desconocimiento combinado con un sensible aumento de las capacidades imaginativas con lo que se entiende una mayor credibilidad hacia cualquier interpretación nueva, partidista, un tanto falsa”³³.

Ciertamente, el debate entre las corrientes historiográficas había comenzado desde mucho antes que el Bicentenario, pero este sin duda provocó, como el propio Vovelle lo señala, un giro espectacular³⁴. En este sentido, ¿podríamos arriesgarnos y pensar que la cercanía de la fiesta revolucionaria influyó la obra de Furet? ¿El espíritu que reina en *Penser la Révolution*, la búsqueda de distancia entre el historiador y su objeto de estudio, no fue en parte estimulado por la proximidad del Bicentenario? Ya que, como dice Ozouf, ésta alentaba más la tendencia de los historiadores a escribir en el registro de la identificación³⁵. Hipótesis que habría que comprobar con un estudio más amplio.

Sobre el Bicentenario mismo, en tanto conmemoración, las posiciones de una y otra historiografía eran sin duda diferentes. La historiografía clásica, por las razones de la memoria que ya hemos evocado, se entregó a la celebración. Vovelle estuvo involucrado en múltiples actividades en torno a la organización del Bicentenario, destacando su dirección de la Comisión française de recherche scientifique pour le bicentenaire, creada desde 1983 en el marco del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS). Fue, en unas cuantas palabras, el “misionero patriota”³⁶.

Furet, así como los que compartían su interpretación histórica, mantuvo su distancia frente a la conmemoración del Bicentenario. Sin involucrarse en lo absoluto en los festejos institucionales, la consideraba como una oportunidad para reflexionar sobre las dificultades y la grandeza de la democracia, bajo la condición de que aquella no terminara siendo una “celebración chovinista y nacional”³⁷. La historiografía crítica no estuvo fuera de los debates del momento –Furet incluso fue llamado “rey del Bicentenario”–, pero participó a su manera, con la organización de sus propios coloquios y la preparación de diversas obras³⁸. Ciertamente, si

33. Casals, *op. cit.* García, analizando las posiciones de las corrientes historiográficas en la víspera del Bicentenario, indica que Vovelle tenía más bien una posición defensiva, había que preservar el saber que representaba la historiografía clásica, íntimamente ligado a la idea de la defensa de la memoria de la Revolución. García, *op. cit.*, p. 114. Para la denuncia del lugar perdido por la Revolución francesa en el ámbito pedagógico véase también Vovelle, *op. cit.*, 1988b, p. 65.

34. Vovelle, *op. cit.*, 2077, p. 258.

35. Ozouf, *op. cit.*, 2007, p. IV.

36. García, *op. cit.*, p. 117.

37. Prados, *op. cit.*

38. García, *op. cit.*, p. 119.

observamos la actividad académica de Furet (obras, coloquios, entrevistas, etc.), desde 1986 hay un incremento considerable que, descendiendo en 1987, continua en 1988 y sobre todo en 1989³⁹.

Independientemente de las posiciones respecto a la conmemoración, el Bicentenario contribuyó a prolongar el debate ya iniciado e impulsó una renovación historiográfica. Esto concierne tanto a la historiografía clásica como a la crítica, pero también a esa tercera escuela hasta ahora no mencionada aquí: la historiografía contrarrevolucionaria, llamada por Vovelle “Escuela del anatema” y, si hubiera que agregarle un nombre representativo, para seguir la línea que hemos venido presentando, ese sería el de Pierre Chaunu. Aquí, la Revolución es vista como una enfermedad, una catástrofe que conlleva al “grand déclassement” de Francia⁴⁰.

Las historiografías de la revolución tras el Bicentenario

¿Podría hablarse todavía de la permanencia de estas tres historiografías de la revolución? Probablemente, pero de cualquier manera, sus fronteras no serían tan rígidas y las etiquetas tan claras.

La historiografía contrarrevolucionaria tiene una menor presencia, pero su objeto de estudio privilegiado sigue siendo aquel que tuvo desde los ochenta, a saber, el “genocidio” de la Vendée⁴¹. De la historiografía clásica, el común denominador lo dan varios factores: reconocimiento del peso de la economía, de la demografía y del papel de las clases; las “circunstancias” para explicar los comportamientos revolucionarios son necesarias, pero deben ser consideradas en el marco de las estructuras sociales y mentales de larga duración⁴². Lógicamente aquí se inscriben los trabajos de Vovelle que se han caracterizado por la atención a lo cultural; ahora bien, este autor afirma que él como historiador de la revolución también se ha apropiado de lo político, aunque sin abandonar lo social y sin seguir el camino de Furet de la historia conceptual⁴³.

Para la corriente encabezada por Furet, deben señalarse los cambios que las propias obras de éste introdujeron. Entre 1980 y 1997, encontramos en ellas fidelidad, pero también cierta infidelidad al programa de *Penser la Révolution*. En *La Révolution de Turgot à Jules Ferry, 1770-*

39. Véase la bibliografía recopilada sobre el autor en Furet, *op. cit.*, 2007, pp. 1025-1032.

40. García, *op. cit.*, p. 112. Como obra de referencia de esta corriente: Pierre Chaunu, *Le Grand déclassement*, Paris: Robert Laffont, 1989.

41. Lemarchand, *op. cit.*

42. *Ibid.* Por su parte Vovelle señala cómo hoy el término “mentalidades” está en desuso, siendo sustituido por el de “representaciones”; véase Vovelle, *op. cit.*, 2007, p. 266.

43. *Ibid.*

1880⁴⁴, el autor materializa –desde el título mismo– el sueño declarado a fines de los setenta: una historia larga de la Revolución. Para él, el siglo XIX no es el siglo de las revoluciones, sino el de la Revolución francesa; todos los regímenes políticos que se desarrollan a lo largo del siglo XIX están animados, atormentados y amenazados por la Revolución⁴⁵. La infidelidad reside principalmente en su voluntad de acentuar la radicalidad de 1789; la Revolución no presenta el rostro de la moderación⁴⁶.

Ahora bien, si debemos esbozar en términos generales los postulados de esta historiografía crítica en la actualidad, siguiendo a Lemarchand, han de señalarse tres características: el rechazo de los orígenes de la Revolución, de distinguir causas profundas y causas inmediatas; la primacía de lo político, pero sin negar la posible acción de lo social; la reducción, pero no eliminación, del papel de las intervenciones de las categorías populares en el campo de las decisiones políticas o incluso culturales⁴⁷.

Si a lo largo de estas páginas ya hemos mencionado, o al menos citado, a algunos de los historiadores afines a esta corriente historiográfica (Ozouf, Revel, Rosanvallon), habría que agregar a Patrice Gueniffey cuyos trabajos sobre la Terreur más de una vez han sido recibidos como “revisiónistas”⁴⁸.

Desde una perspectiva diferente, pero también interesado por los movimientos de violencia, a través de una historia de las resistencias y de la memoria, encontramos los estudios de Jean-Clément Martin, un historiador al que sería arriesgado poner una etiqueta, por más que esto resulte tentador considerando su dirección del Institut d’Histoire de la Révolution française.

Tampoco deja de ser sugerente la observación de Vovelle respecto al “regreso del acontecimiento” a la historiografía de la revolución, afirmación que realiza a partir de la obra del estadounidense Timothy Tackett (), pero que en parte, según Vovelle, parece compartir Ozouf⁴⁹.

Finalmente, y para cerrar uno de los temas principales de este artículo, es necesario volver a la querrela historiografía clásica–historiografía crítica. ¿Qué fue de ella? La sentencia por excelencia de Furet, “la Révolution est terminée”, como lo señala el mismo Vovelle, no ha sido muy discutida, ni por los medios de comunicación, los doctos e incluso los políticos. Con

44. François Furet, *La Révolution de Turgot à Jules Ferry, 1770-1880*, Paris: Hachette, 1988.

45. Ozouf, *op. cit.*; pp. XI y XII.

46. *Ibid.*, p. XVII.

47. Lemarchand, *op. cit.*

48. Patrice Gueniffey, *La politique de la Terreur. Essai sur la violence révolutionnaire 1789-1794*, Paris, Fayard, 2000.

49. Vovelle, *op. cit.*, p. 265.

ella, y aquí seguimos con Vovelle todavía, Furet confirmaba el fin de una época alimentada por el mito revolucionario, ese camino iniciado en 1793 que había abierto, como ya lo hemos señalado, las vías a las desviaciones totalitarias del siglo XX, del bolchevismo al estalinismo.

Así, el contexto general de las últimas décadas del siglo XX, cuando fue evidente la crisis del bloque socialista, no hizo sino favorecer la lectura crítica de la Revolución francesa⁵⁰. Cuando Furet escribía *Penser la Révolution française*, a finales de la primavera de 1977, ciertamente pensaba ya en el bicentenario pues aludía a “todas esas historias que se afrontan y desgarran desde hace doscientos años”⁵¹. Seguramente miraba también y vivía el declive del pensamiento marxista y de la militancia comunista entre crítica externa y autocrítica⁵². No podía mirar, sin embargo, anticipadamente, el efecto devastador de la caída del muro de Berlín y de los regímenes socialistas de Europa del Este sobre la historiografía y en general el pensamiento de signo marxista en la academia occidental. Y, sin embargo, seguramente este contexto político internacional de importancia mayúscula, contribuyó a hacer de Furet la piedra clave del arco historiográfico revisionista al momento del bicentenario, como también proyectó una gran sombra sobre esa historiografía que Furet denostó como “comunista”. Una coyuntura cuyo enfriamiento también permite hoy una valoración menos apasionada de las distintas escuelas y el surgimiento de nuevos enfoques y nuevos nombres⁵³ en la historiografía de la revolución francesa.

Bibliografía

Casals, Montserrat, “La Revolución francesa sigue viva todavía, afirma el historiador galo Michel Vovelle”, *El País*, 25 de noviembre de 1988 (versión consultada en línea)

Chaunu, Pierre, *Le Grand déclassément*, Paris: Robert Laffont, 1989.

Furet, François, “Le catéchisme révolutionnaire”, en *Annales: économies, sociétés, civilisations*, Paris, marzo-abril, 1971

-----, *Penser la Révolution Française*, Paris, Gallimard, 1978.

-----, *La Révolution de Turgot à Jules Ferry, 1770-1880*, Paris: Hachette, 1988.

50. *Ibid.*, pp. 249 y 262.

51. Furet, *Penser la Révolution... op. cit.*, p. 26.

52. Años más tarde publicaría su también polémico *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, Paris, Calmann-Lévy, 1995.

53. A título de muestra, la página internet del *Institut d'Histoire de la Révolution Française* que, por supuesto, no tiene el monopolio de la producción, da cuenta de doce tesis doctorales defendidas sobre temas “revolucionarios” entre 1999 y el presente año.

-----, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, Paris, Calmann-Lévy, 1995.

-----, *La Révolution française*, Paris: Gallimard, 2007.

Furet, François et Richet, Denis, *La Révolution française*, Paris: Hachette, 1965

Garcia, Patrick, *Le Bicentenaire de la Révolution française. Pratiques sociales d'une commémoration*, Préface de Michel Vovelle, Paris, CNRS Éditions, 2000.

Gueniffey, Patrice, *La politique de la Terreur. Essai sur la violence révolutionnaire 1789-1794*, Paris, Fayard., 2000

Lemarchand, Guy, "À propos des révoltes et révolutions de la fin du XVIIIe siècle", en *Annales historiques de la Révolution française*, número 340, [en línea], puesto en línea el 27 de abril de 2006. URL: <http://ahrf.revues.org/document2236.html>.

Ozouf, Mona; Revel, Jacques; Rosanvallon, Pierre, "Histoire de la Révolution et la Révolution dans l'Histoire", entrevista realizada a François Furet [medio audiovisual], dirección a cargo de Gauge Pierre, Paris, AREHESS, 2003, (Colección "Savoir et mémoire")

Prados, Luis, "Furet: 'La Revolución francesa ha terminado'", *El País*, 26 de febrero de 1989, (versión consultada en línea)

Vovelle, Michel, *Les colloques du bicentenaire*, avec la collaboration de Danielle Le Monnier, Paris, La Découverte/ Institut d'Histoire de la Révolution Française/ Société des Etudes Robespierriennes, 1991.

-----, *Combats pour la Révolution française*, Paris, La Découverte / Société des études robespierristes, 1993, edición 2001.

-----, *1789. L'héritage et la mémoire*, Toulouse, Éditions Privat, 2007.